

ESPAÑA ARTÍSTICA.



La Iglesia de Torrero.

En los números 33, 34 y 35 de nuestro *Semanario*, hemos dado algunas vistas y la descripción del Canal de Aragón, y hoy lo hacemos del monte Torrero, lugar delicioso en los alrededores de Zaragoza, y cuya población se edificó al tiempo de la apertura del canal, con el objeto de que sirviera de almacenes para el comercio. Hay en ella una hermosa iglesia cuya fachada es una obra maestra del arte, como puede verse por la lámina que precede, y varias casas magníficas, sólidas y uniformemente construidas, y al frente al otro lado del canal ó plaza que sirve de fondeadero, está el arsenal y un grande edificio de bóveda, donde se colocan los barcos á cubierto. Junto á él hay un puente sobre el canal llamado puente de América, notable por su solidez y por la largura de su arco. Cuantos objetos se ven en el canal y monte Torrero, respiran un cierto aire de grandeza y lujo, y dan una idea del talento é inteligencia del director de la obra y de los artistas que la ejecutaron.

Los alrededores cubiertos de frondosos bosques y casas de campo, presentan un sinnúmero de sitios deliciosos y encantadores, que forman un conjunto maravilloso. En una palabra, Torrero es digno del inmortal Pignatelli á quien debe su existencia; y como si la naturaleza estuviese deseosa de hermosear las obras de aquel grande hombre, dió á la vegetación que cubre el monte un vigor, brillo y lozanía desconocido en aquellos climas.

En la playa donde se descargan los granos y demás efectos, hay un magnífico y espacioso salón con árboles y asientos, desde el cual la vista de los barcos del arsenal y del fondeadero, presenta la imagen de un pequeño puerto, y sirve de gran recreo para sus habitantes.

No nos estenderemos mas en la descripción de aquel hermoso sitio; cuantos han estado en Zaragoza lo habrán visitado, y conservarán grato recuerdo de él; cumplimos con ofrecer á nuestros lectores la vista del

principal edificio que hay en él, con la exactitud con que procuramos hacerlo en cuantos monumentos dejamos consignados en nuestro *Semanario*, que á falta de otro mérito tendrá siempre por lo menos el de la originalidad, y el de ofrecer á nuestros lectores obras del país.

LITERATURA.

SOBRE LAS NOVELAS EN ESPAÑA.

Ningun género de literatura pudiera por su índole, por su amenidad y atractivos influir mas provechosa y benéficamente en las costumbres y en el progreso de las letras, que las novelas ilustradas y bien escritas. Por lo mismo que el incentivo de sus formas es tan grande como la aceptación con que generalmente son recibidas por todas las clases de la sociedad, debería-se esperar de ellas un influjo ventajoso, útil y considerable, que tuviera por objeto el enseñar é instruir deleitando, y el desterrar los vicios en vez de provocarlos. Este genero de literatura, sin embargo, ha sido considerado en lo general como futil, superficial y hasta pernicioso; y por desgracia se puede asegurar que en nuestra España, asi como en otros pueblos, con muy cortas escepciones, han sido las novelas insuficientes unas veces en su uso para promover la verdadera ilustracion, y perjudiciales no pocas con relacion á su influjo en la moral y en las costumbres. Tan decidido está por la culta opinion y por los ejemplos de la esperiencia que las novelas hasta ahora, y principalmente en España, han sido por sus doctrinas é insignificancia inútiles ó perjudiciales á la sociabilidad y á la literatura misma, como que el género dramático bien ordenado ha constituido racionalmente la provechosa escuela de las costumbres. Reducido este al círculo de ciertas reglas mas ó menos severas y al fin moral que debe proponerse, y abandonadas aquellas en el estenso campo de la inventiva, todos los delirios y extravagancias de la imaginacion inesperta ó apasionada, forman seguramente entre sí estos dos ramos de las letras un contraste harto palpable y notorio por su ejercicio y resultado. Nosotros jamás negaremos la posibilidad de que en nuestro país se puedan escribir buenas novelas, que proporcionen utilidad y adelanto á la ilustracion de todas las clases, si se sujetan sus autores á la recta ley del juicio, de la posible verdad histórica, de la moralidad y del buen gusto: jamás se podrá negar esto sin absurda injusticia al ingenio y cultura de lo españoles, que tan distinguidas pruebas tienen dadas en la república literaria de sus privilegiadas disposiciones y aventajados dotes, tanto para las obras de pura invencion, como para las profundas y científicas; pero como quiera que las condiciones que lleva en sí el género de que tratamos (mirado generalmente, segun ya hemos dicho, como insignificante y pueril) unidas á cierta incuria y

falta de esmero, de que no podemos menos de culpar á nuestros autores en general, habrán producido acaso esa desventaja en que yacemos respecto á lo que el género en sí reclama, y á lo que debia la índole de nuestro talento con razon y fundamento aspirar, el resultado es por desgracia que la España, á la par que cuenta con un riquísimo y variado teatro antiguo y moderno, que podemos asegurar sin temor que iguala, si no supera, á los mejores de los estrangeros que con frecuencia nos han copiado ó traducido, no tiene sin embargo una coleccion ilustrada de novelas cual debia esperarse, si hubiese dado á este género literario la preferencia y aplicacion que tan descuidadamente se le ha negado. Por estas razones, pues, y por el convencimiento aducido de la esperiencia, creemos que las novelas en España, no solo no han recibido en su desempeño ni se les ha dado todo el impulso é importancia que de suyo se merecian, sino que al contrario los trabajos que en esta clase se han hecho han sido insignificantes o nocivos, siguiendo el estraviado sendero de las fábulas ridículas é inverosímiles, ó de la peligrosa y exagerada escitacion de las pasiones.

La historia de las novelas, en todas las épocas y alternativas, creemos que prueba suficientemente nuestra opinion, si referimos estas á la influencia que han ejercido en nuestra literatura y en nuestra sociedad.

El origen que hayan podido tener esta clase de escritos se ignora, si bien se sabe que en épocas muy remotas los Arabes, los Indios y los Griegos la cultivaron, formando estos últimos sus célebres y famosos cuentos nacionales llamados *Jonios* y *Milesios*. Este género de publicaciones no podria entonces proporcionar una utilidad completa, ni á las costumbres ni á las letras, puesto que, tratado con desconcierto y extravagancia, se miraria probablemente mas como un objeto de pasatiempo y soláz, que como un elemento de ilustracion y conveniencia. Posteriormente *Apuleyo* y *Eliodoro* compusieron con descuidada soltura las novelas de entonces, que leídas con avidez en el siglo cuarto de la decadencia del imperio romano, terminaron con él su carrera, sin que alcanzaran á proporcionar á aquella sociedad los resultados benéficos que deberian esperarse, y que la general instruccion reclamaba. Ceñidos estos autores servilmente, como casi todos los de aquella época, á satisfacer las exageradas y extravagantes exigencias de la opinion y gusto vulgar, solo vieron en este ramo de literatura el elemento á propósito para labrar entre la muchedumbre su propia reputacion y engrandecimiento. Esto debe considerarse, en nuestro concepto, como la primera ocasion en que realmente quedaron sin resultados positivamente provechosos los esfuerzos equivocados de los ingenios de *Aquiles*, *Tacio* y de los ya mencionados *Eliodoro* y *Apuleyo*.

La segunda época de las novelas la podemos colocar en la que se principiaron á escribir los libros de caballería. Al hablar de estos escritos no podemos menos de manifestar que los conceptuamos tan honrosos y laudables en su origen, como reprobables y perniciosos en su realizacion y consecuencias. Las accio-

nes de los héroes ilustres, las virtudes de los grandes varones, las proezas del valor, las glorias de nuestro suelo, la grandeza de la religion, los acontecimientos notables del mundo, y la noble y tierna galantería del amor, fueron el asunto de estas producciones que encerradas en el justo término de la razonable verosimilitud y cordura ilustrada, hubieran sido tan útiles á las costumbres y á la literatura, como perjudiciales fueron rotas escandalosamente las provechosas trabas del saber y del ingenio, y remontando este un vuelo tan fantástico y vano, como nocivo y estravagante. La gloria de las armas, se confundió con los mas estupendos y groseros cuentos; las virtudes de los hombres, con la mas chocante hipocresía; las obras del verdadero valor, con los hechos mas absurdos é increíbles; los triunfos gloriosos de las armas, con los mas estravagantes y sobrenaturales acontecimientos; la magestad de la religion, con el mas necio y obstinado fanatismo, repugnante por cierto á la misma grandeza de su divino autor; los sucesos memorables de la historia, con las mas risibles y desconcertadas fábulas; y las galantes finezas del amor, con las acciones libres ó ridículas de un insensato estravío, ofensivas á la dignidad y al decoro mismo de tan noble pasion. Confundidos así principios tan distintos, doctrinas tan diversas, sentimientos tan opuestos, ideas tan encontradas, inspiraciones de tan diferente índole, formaron un monstruo perjudicial y siniestro de este género de literatura, que dominó cruelmente en el espíritu de las gentes con influjo violento y arraigada ceguera, confundiendo la virtud con el vicio, lo sagrado con lo profano, lo útil con lo perjudicial, lo verdadero con lo fabuloso, lo verosimil con lo imposible. De este modo las novelas caballerescas con sus pinturas exageradas y raras patrañas, vincularon la atencion general de la época estraviada y corrompida, hasta que el gran genio español, el inmortal Cervantes, desterró con su inimitable obra del Quijote la aficion y las creencias de aquella sociedad. Véase, pues, en esta segunda época en que hemos colocado á este género de literatura, las ningunas ventajas que produjo su influjo en las costumbres y las letras, los grandes perjuicios que á entrambas proporcionó: á las costumbres, pervirtiendo con su nociva doctrina, á las letras, estraviando el ingenio con sus vuelos fantásticos y exagerados.

La tercera época de las novelas la podemos considerar como establecida en el tiempo en que restauradas las letras en España, asentadas las convenientes bases del saber, estimulados los talentos, respetadas las leyes, acatada la religion y progresando las artes en el siglo XV y XVI, florecieron para gloria de nuestra España Montemayor, Janázaró, Montalvo, Figueroa, y el ya citado Cervantes Saavedra. La crítica ingeniosa é ilustrada de este, unida á la dulzura de las nuevas costumbres de la época, consiguieron extirpar casi completamente de nuestro pais las novelas caballerescas; y al gusto y uso de estas siguió el de las campestres y pastoriles que los ya citados autores escribieran, como fueron la *Diana*, la *Galatea*, la *Arcadia*, y otras que no citamos por demasiado co-

nocidas. Estas obras se escribieron mas por mero pasatiempo y agradable distraccion literaria, que con el objeto plausible de ilustrar con sus doctrinas, de profundizar en los ramos del saber, de desterrar los vicios y corregir las costumbres. Así fue, que si en estas nuevas novelas no se encontraba el impulso fanático y violento de las pasiones llevadas á un peligroso y fatal estremo, ni disfrazados y encubiertos los estravios con los nombres sagrados y respetables que la sociedad tiene, se hallaban sin embargo sus páginas tan exageradas y esclusivamente encomiadas la felicidad y la dicha del *prado*, las *ovejas* y el *caramillo*; tan inverosimilmente pintado el contento de las *chozas* y de los *bosques*, incompatible por cierto con el real y verdadero sistema de nuestra sociedad, que preocupada esta por otro estilo, y perdiendo lastimosamente el tiempo en tan pueriles lecturas, llegó el caso de mirarse por algunas gentes esta fabulosa vida de paz y bienandanza como la única ventura terrena, buscando sus goces entre mil quimeras y delirios, y desdenando la grata y fraternal cultura de la asociacion civil. En verdad que esta preocupacion novelesca fue tan general como perniciosa; pues separándose de lo natural y de lo posible, presentaban unos goces que solo pueden existir en los armoniosos versos del poeta, y no en la realidad de la vida humana. Infírase pues por lo dicho la utilidad que las novelas, en esta tercera época que la hemos colocado, proporcionarían á las costumbres y á las letras, las cuales nada ganaron, habiendo errado aquellas producciones el verdadero camino que debian seguir para su mayor lustre y esplendor.

Posteriormente á las épocas que acabamos de describir, las novelas, en nuestro concepto, han sido en España una parte harto insignificante de la literatura, que ni han contribuido al progreso de esta, ni á la correccion provechosa de los usos y de las costumbres. Muy al contrario, las dañosas doctrinas vertidas con profusion en muchos de estos escritos, que la sociedad sensata ha condenado y condena, y las infinitas traducciones que se han improvisado, han contribuido poderosamente, las primeras á la desmoralizacion de las gentes, á la exaltacion peligrosa de las ideas, á los estravios mas sensibles y lastimosos en la juventud, y las segundas á la decadencia y humillacion de nuestra literatura, acreedora por mil títulos á que busquemos en ella los tesoros que encierra, los frutos que puede producir, sin mendigar en las naciones vecinas las obras de este género que con tal esceso se han trasladado á nuestro idioma. No negaremos por esto, sin embargo, el mérito sobresaliente de muchas de estas producciones, principalmente las de *Walter Scott*, *Arlincourt*, *Chateaubriand*, *Victor Hugo*, *Eugenio Sue* y otros; reconocemos este mérito y le acatamos; pero nunca debe ser el valor y consideracion que damos á tales obras, la razon ó el origen de una preferencia injusta á su favor respecto á las nuestras, ni el motivo suficiente que pueda justificar la incuria ó el desaliento de los ingenios de España. Esta época la podemos considerar como la cuarta de las novelas,

y algo menos estéril que las anteriores en resultados beneficiosos.

Por la breve reseña que hemos hecho de la historia de las novelas podrá conocer el lector la ninguna ó escasa influencia benéfica que hasta ahora han ejercido estas en la literatura y en las costumbres, y la necesidad honrosa de que mirando los ingenios de nues-

tra España este género de literatura con la preferente consideración que exige," ofrezcan al público ilustrado las muestras útiles de su asiduidad y estudio, y sean estas producciones el verdadero reflejo de nuestros adelantos, por su amenidad, juicio profundo é instructiva lectura, según el *utile dulce* del poeta.

J. GUILLÉN BUZARÁN.

MISCELANEA.

Fac-simile de las firmas de personas célebres nacionales y extranjeras. (4)

L. D. ~ S^{or}

Lauro de medris

LORENZO DE MEDICIS, llamado *el Magnífico*, nació en 1448, y sucedió á su padre Pedro en 1469 en el gobierno de la República Florentina; murió en 1492. Grande hombre de estado, habil político, amó las letras y las cultivó. Protegió con todo su poder á Miguel Angel, Granacci y Torregiani, y fueron sus mas queridos amigos, sus condiscípulos Pic de la Mirandola y Angel Palitiano.

G. r. t. r. y

GRETRY, compositor de música francés, nacido en Lieja en 1741. Sus principales óperas son, *El cuadro hablando*, *Zemira y Azor*, *El amigo de la casa*, *La Caravana*, *Ricardo corazon de Leon* etc. Murió en 1813, y en el teatro de la Opera cómica de París se jecutó una especie de

apoteosis con este motivo.

Vauban

VAUBAN. Sebastian Le Preste, señor de Vauban, Mariscal de Francia, nació en 1633, y murió en 1707. Fue Comisario general de las fortificaciones, y al mérito de ser el mas grande ingeniero que ha tenido la Francia, añade el de haberse propuesto siempre la conservación del soldado. «Mas quisiera, decia al rey, haber conservado á V. M. cien soldados, que haber quitado tres mil á los enemigos.»

Martin Luthero

MARTIN LUTERO. Nacido en Islebe, en el condado de Mansfeld, el 10 de Noviembre de 1483, y muerto en el mismo sitio el 10 de Febrero de 1546, á la edad de 63 años. Ultimamente ha publicado M. Michelet unas memorias que contienen preciosos detalles acerca de la vida íntima de este célebre autor de la Reforma.

Gall

GALL. Nació en el Gran ducado de Baden en 1758, y murió en París en 1828. Joven aun, y siguiendo sus estudios, era vencido muchas veces en los exámenes por camaradas suyos, menos hábiles que él, pero dotados de excelente memoria: habiendole sucedido esto muchas veces y en diferentes colegios, observó con sorpresa que todos sus rivales tenían los ojos á la raíz de la cabeza. Esta observacion fue el punto de partida de sus trabajos frenológicos que tanto ruido han hecho, y que sin duda permitirán profundizar mas en el estudio de la organización humana.

J. Sterne

STERNE. El escritor mas espiritual y humorista de Inglaterra despues de Swift. Nació en 1713, y murió en 1768. El *Viage Sentimental* y *Tristan Shandy*, sus principales obras, han formado escuela é inspirado una multitud de imitaciones.

(1) Véase el número anterior.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



El Infante Don Gabriel de Borbon. (1)

Grande y verdaderamente sublime es el período de la Historia Española en el reinado del siempre célebre Carlos III, período tanto mas venturoso é inmortal para nuestra imaginacion, cuanto que es imposible recorrerle sin que se sientan los alagüeños recuerdos que de génius eminentes y capacidades, de Príncipes esclarecidos, y de obras artísticas y monumentales aquel fecundo siglo nos ha dejado. Brillaba entonces en nuestra nacion un verdadero sol de civilizacion, que hacia sentir su vivificante luz por todas partes; un Rey tan ardiente como emprendedor, unos ministros celosos defensores de los intereses sociales y patrióticos, una nacion compacta, rica y unánime, sin gérmenes de desórden y de trastornos, eran agentes muy poderosos que se prestaban fácilmente al establecimiento de innovaciones saludables. La aplicacion al trabajo, la constancia en las empresas, la finalizacion completa de las obras, los premios y los estímulos al talento eran los caracteres y principios dominadores de la época; y do quiera se fijase la atencion, lo mismo en las Bibliotecas que en los Museos, en los caminos públicos que en las Academias, se encontraba el genio creador y progresivo que la sustentaba. El Rey era el primero

(1) El retrato original hecho por Megus, se halla en la sala de descanso de SS. MM. en el Real Museo.

en seguir y practicar estas máximas, procurando inculcarlas á su familia é hijos, y asi es que su primer cuidado se cifró desde luego en darles la educacion que su clase y elevacion exigian. No fueron varos estos desvelos con alguno de ellos y el Infante D. Gabriel, de quien nos ocupamos en este artículo, es una muestra ostensible de nuestra asercion, con cuya temprana muerte perdió la nacion uno de los Príncipes mas ilustrados de la dinastía reinante. Es deber nuestro por lo tanto, hacer una pequeña reseña de sus virtudes y talentos, analizando al propio tiempo sus obras literarias.

El Infante D. Gabriel de Borbon, tercer hijo del Rey D. Carlos III, nació en 11 de Mayo de 1752 en Pórtici. Desde muy jóven manifestó un genial franco y bondadoso, y una índole naturalmente apacible, inclinada siempre á la clemencia y generosidad. Convenido el Rey de que cuanto mas elevadas son las personas, mayor necesidad tienen de instruccion, pensó en dar al Infante la que le correspondia por su clase y al efecto le nombró por su ayo y preceptor al Ilustrísimo D. Francisco Perez Bayer, hombre de vastísimos conocimientos y muy versado en la literatura española. Procuró este distinguido Mentor inocular en su egregio discípulo la aficion al estudio de antigüedades y lengua latina, en las que era muy versado, no descuidando tampoco el no menos interesante de nuestra rica lengua patria: estudios que bien pronto se desarrollaron con bastante vigor, y que dieron á conocer el claro talento del discípulo. Recibia al propio tiempo lecciones de Historia general, de Geografía, Química y conocimientos de idiomas, y tan útiles nociones robustecieron la imaginacion perspicaz y curiosa de D. Gabriel, en términos de ponerlo al alcance de muchas de ellas en poco tiempo.

Habíase ocupado en los ratos que le dejaba ociosos la etiqueta palaciega, en la traduccion de la *Conjuracion de Catilina y la Guerra de Jugurta* por Cayo Salustio Crispo, cuya obra se decia ser muy correcta; al mismo tiempo que se sentia que habiéndose hecho en un círculo amistoso y reservado, no queria D. Gabriel darle publicidad. Agradable fue la sorpresa que al poco tiempo se recibió con la lujosa impresion del *Salustio*, y con las notas que al final del testo insertó el Infante; traduccion que le grangeó una inmensa gloria literaria, y el aprecio y estimacion de la nacion entera. Empero hubo algunos émulos y discolos que pretendieron aunque paliativamente, por no serles posible dirigir sus tiros de frente, desacreditar tan esmerada obra, no queriéndole dar á D. Gabriel toda la gloria de la traduccion; y aunque tales conatos fueron reprimidos y contestados con la indiferencia ó el desprecio, forzoso nos será analizar aunque de paso aquella produccion, y emitir sobre ella nuestro parecer.

La traduccion del *Salustio* nos demuestra desde luego una idea predominante, sublime y elevada, al mismo tiempo que patriótica é ilustrada; idea que felizmente pudo llevar á cima D. Gabriel con notable ventaja y crédito de las que anteriormente se habian

hecho. El estudio de nuestra abundante lengua nacional y su perfeccion, y el enlace y armonía de sus frases, era la idea que, como él mismo nos dice en su prólogo, le guiaba en tal empresa. Pudo, como afortunadamente así sucedió, sacar un gran partido de esta idea, y mas principalmente cuando el carácter de sublimidad y perfeccion de nuestro idioma y su giro cadente y espresivo se acomodaba en un todo á la lengua latina; bastando para coronarle el principio que por otra parte consignó de que las traducciones no deben ser el trasunto exacto de las palabras del autor, y si solo de las ideas; mas lo que sobre todo notamos y nos sorprende en su obra, es la especialidad del pensamiento, la lima de las frases, y la limpieza de las oraciones.

No admiramos por otra parte menos su ardiente deseo de nacionalidad, y el decidido amor á su patria cuando dice: «Ojalá que con este paso abriera yo camino á nuestros escritores amantes de la riqueza y propiedad de su lengua, para que luciesen lo mismo, y poco á poco le restituyesen aquella nobleza y magestad que tuvo en sus mejores tiempos.» ¿Puede existir un pensamiento mas ilustrado, ni una idea mas propia de un español?

Mas consideremos ahora el verdadero mérito de este trabajo, y veamos si es acreedor D. Gabriel al grande renombre que adquirió, y á la corona literaria con que la fama ciñó su sien. Tuvo el traductor por tipo de su obra la edicion de los Elcevinos hecha en Leyden en 1635, al mismo tiempo que un ejemplar de la Biblioteca del Escorial y otro de la suya. Notablemente mejoró aquella traduccion purgándola de crasísimos defectos; la suya es correcta, pura y armoniosa, precisa en las oraciones, sin imitar servilmente el texto, pero sin dejar de contener toda su elevacion. Este es el motivo para algunos de creer que tuvo partícipes en el trabajo, llegando á designar á Bayer y aun á Iriarte como colaboradores en su empresa; siendo muy fácil destruir esta presuncion respecto al último, al conocer que estuvo ausente de la Corte en aquella época, y saber las cortas relaciones que tenia con el Infante. Ninguna otra razon se dá en abono de aquella presuncion respecto al primero, y el creer que por tener al lado un preceptor ilustrado, ha debido este último tener en ello participacion, no es un fundamento incontrastable para disputarle la gloria á D. Gabriel. Fácilmente se apercibe esto leyendo las notas, y principalmente la que censurando el texto al hablar de los Príncipes dice «*aliæne virtus formidolosa est*» porque en ella hace D. Gabriel la vindicacion de la benéfica institucion del Trono, por medio de una comparacion y cotejo de la terrible conjuracion romana. Suyos son pues los laureles que en vano se les dan á otros.

Tal era la vida y ocupacion de este Príncipe de lisongera memoria, digno hijo de un Rey que se supo hacer tan estimado de su nacion. Mas afecto á la aplicacion que á la ociosidad, buscaba D. Gabriel en lo interior del Escorial libros que le distrageran, y era generalmente afecto á las artes, de las que fue

gran protector. Era afable en extremo, bondadoso y cortés, y su noble rostro retrataba la candidez de su corazon, siempre compasivo y propenso á socorrer al desvalido.

Con motivo de las estipulaciones matrimoniales celebradas entre las Cortes de Madrid y Lisboa, se desposó D. Gabriel con la Infanta de Portugal Doña María Vitoria hija del Rey D. Pedro III, tan hermosa como amable. Tuvo un hijo á quien se le puso de nombre Pedro Antonio Rafael, y se le concedió la prerrogativa como primer hijo del Infante, de llevar el título de Infante de España, padre posteriormente del Infante D. Sebastian, mandando el Rey que si tenia mas hijos D. Gabriel tomáran el título de Condes Duques etc. Gozaba el Infante una vida gustosa y saludable, disfrutando en brazos de su esposa, á quien quiso con entusiasmo, los inefables placeres del cariño. Con motivo del segundo parto, se sintió la Infanta repentinamente acometida de viruelas dando mucho cuidado su vida. En muy pocos dias murió, no habiendo aun cumplido 20 años. Mucho afligió al tierno Infante tan repentina catástrofe, porque la amaba con indecible pasion; así es que desde este momento se sumergió su entendimiento en un mar de tristeza y desconsuelo. El haber estado constantemente al lado de su esposa hasta su muerte aspirando el álito envenenado de las viruelas, el golpe tan agudo que recibió su corazon con su muerte, y las ideas tristes de que estaba preocupado, contribuyeron á postrarlo en cama; y estando inficionado del mismo mal que su esposa, murió á los 36 años de edad, y á los 21 dias de la muerte de la infanta.

Profundo sentimiento causó en la Corte su pérdida, y tan general y arraigado, que todo el mundo lloraba en él la de un buen Príncipe, tierno esposo y buen patricio. Por fin, el año de 1788 estaba destinado por la Providencia para que se consumasen grandes desgracias en la familia real; el Rey que con el fallecimiento de uno de sus hijos mas queridos habia recibido un golpe de muerte, comenzó á enfermar, llevando tan acelerados pasos el mal, que muy pocos dias, el 13 de Diciembre del mismo año falleció, no sin haber encomendado antes al nuevo Rey Carlos IV el cuidado del jóven Infante D. Pedro huérfano de sus padres.

Habia venido disfrutando D. Gabriel el gran Priorato de la orden de S. Juan, de la cual fue primer Gran Prior; pero como quiera que su fundacion fue hecha por el Rey, mas bien para remunerar en vida las virtudes y talentos de su hijo, al mismo tiempo que para conceder á los hermanos del Rey una brillante subsistencia, se ha exigido la estancia en España á los Infantes de Portugal sus descendientes, y aun hoy dia, privado D. Sebastian del priorato, es objeto de litigio, dicha encomienda.

Esta fue la vida de tan esclarecido Príncipe. Apenas brilló su luz, se nubló la atmósfera para no dejar percibir sus hermosos rayos; y aun cuando no tuviéramos de él otros recuerdos, los del *Salustio* son bastantes á inmortalizarle. Sus modales nobles, su cora

zon puro y bondadoso, la amabilidad con que á toda clase de personas recibia, las altas dotes de capacidad que le adornaban, son motivos poderosos para nuestros elogios. Era de alta y gallarda estatura, rubio y de aspecto alagüeño, y su mirada revelaba nobleza y magestad. Jamás cometió una accion que desdijera de su nacimiento y posicion, porque estaba penetrado, que los Príncipes tienen que proceder con dignidad y pureza, si se quieren hacer acreedores al aprecio general.

ANTONIO EUGENIO GARCIA DE GREGORIO.

NOVELA.

EL ESCLAVO. (I)

VIII.

Dos horas despues estaba Norva tendida moribunda sobre la estera que le servia de cama, teniendo entre sus manos las de su hijo, cuyo nombre pronunciaba aun con dificultad. Morgan estaba en pie á la cabecera de la cama, con la cabeza inclinada y los brazos cruzados.

La pobre madre que sentia cerca de sí á Arvinos, contenia sus quejidos, y algunas veces procuraba sonreirse; pero aquella misma sonrisa helaba el corazon. Habiánle bendado la frente con una tela de lino, por la cual trasudaba una sangre ennegrecida; sus párpados, hinchados por el dolor, no podian abrirse, y salia de sus labios cárdenos un aliento funesto. Arvinos, abismado en su desesperacion, contenia sus sollozos, temeroso de aumentar los padecimientos de su madre; pero las pocas horas que acababan de pasar habian impreso en su semblante las señales de una larga enfermedad. Inclinado sobre el lecho de Norva, observaba con espantada vista todos sus movimientos, interpretaba su palidez, escuchaba su fatigosa respiracion.

De repente estendió el brazo, é hizo un esfuerzo para incorporarse.

—¡Arvinos! dijo con voz balbuciente, ¿dónde estás?... Tus manos ya no las encuentro... ¡Oh! estréchame contra tu corazon!... No me dejes, Arvinos... ¡pobre muchacho!... y dejó caer su cabeza sobre el hombro de su hijo.

Hubo un momento de terrible silencio.... Arvinos fuera de sí no se atrevia á mirarla.

—¡Madre mia! exclamó al fin con apagada voz.

—¡Se ha unido á Menru, dijo Morgan.

El jóven levantó bruscamente la cabeza de Norva, pero aquella cabeza volvió á caer insensible é inanimada. ¡Era huérfano!

¿Cómo pintar su desesperacion? En los primeros momentos espantó hasta al mismo Morgan. El jóven

habia experimentado desde el dia anterior tantas emociones, que estaban agotadas sus fuerzas. Abrasábale una fiebre ardiente; sentia que su imaginacion se es- traviaba, y durante algunas horas su dolor fue un delirio. La fatiga dió por último algun descanso á su alma. Morgan, que no le habia abandonado, se aprovechó de ello para inspirarle valor.

—Han muerto á tu madre, le dijo; es inútil llo- rarla; pensemos mas bien en vengarla.

—¡Vengarla! repitió Arvinos. ¡Ah! ¿qué hay que hacer?

—Recobrar fuerzas para seguirme cuando llegue el momento.

El jóven Celta se levantó de un salto.

—¡Marchemos! dijo.

Aun es preciso esperar, contestó el anciano; pero nada temas; no porque se retarde será menos terrible la venganza.

Entonces esplicó á Arvinos el plan de los esclavos. La sublevacion debia estallar en Roma mismo. La orden era entregar la ciudad á las llamas, y degollar á cuantos se librasen del fuego.

El jóven escuchó con feroz alegria aquellos detalles que ofrecian entera satisfaccion á su odio. Educado en las ideas de su nacion, creia firmemente que aquellos sangrientos sacrificios habian de aplacar los manes de Norva. El hacer correr la sangre romana era para él probar su ternura por su madre; no veia en la venganza un placer personal, sino un deber y una santa espiacion. La idea de satisfacer de ese modo á los manes de su madre le devolvió sus fuerzas; ahogó en su pecho el dolor, y esperó impaciente la señal.

Dióse esta al fin; los esclavos se arrojaron sobre el Foro con antorchas encendidas; pero los cónsules habian tenido aviso, se habian adoptado medidas, y los amotinados se vieron pronto circuidos. La mayor parte arrojaron las armas, y huyeron. Algunos Germanos y Celtas, entre los cuales se hallaban Morgan y Arvinos, fueron los únicos que intentaron resistir. Oprimidos por el número, todos cayeron heridos por delante, y rodeados de cadáveres enemigos.

Morgan y Arvinos fueron sacados moribundos de aquella sangrienta arena, y como esperaban saber de ellos alguna revelacion importante, los llevaron á distintos calabozos, y les curaron sus heridas.

Ambos volvieron á la vida; pero ni el interrogatorio ni los tormentos les hicieron descubrir á sus cómplices. Sus verdugos tuvieron que confesarse vencidos, y los dos Armóricos fueron arrojados á la carcel comun donde se depositaban las víctimas destinadas á las fieras.

Cuando Arvinos y Morgan se volvieron á ver, se alargaron la mano sin hablarse, y se sentaron uno junto al otro. ¡Ambos habian visto frustrada su última esperanza, é iban á morir vencidos! Hubo un largo silencio.

—¡Mi madre no será vengada! dijo al fin Arvinos con voz sombría.

—Nuestros dioses no lo han querido, contestó Mor- gan.

(*) Véase el número anterior.

—¿Qué son pues tus dioses? replicó con amargura el hijo de Norva. No pueden, ni defendernos en nuestros hogares, ni protegernos en la esclavitud; ¿por qué les adoramos si no tienen poder? y si lo tienen, ¿por qué nos abandonan? Los dioses de Roma son los únicos verdaderos, pues son los únicos que conservan la libertad.

Invoquémosles pues, dijo entonces Morgan con desden. ¿Crees acaso que oigan la voz de un esclavo? No dispensan sus favores sino á los dueños; para nosotros, á quienes entregan á los Romanos, no son dioses sino enemigos.

—Segun eso, contestó el jóven Celta, el mundo entero solo existirá para ser el animal de carga de una ciudad. ¡Ah! ¿entonces á que nacer? ¿Por qué no se han de ahogar sin piedad los niños que abren los ojos á la luz del día? ¿Qué génio maléfico ha creado la tierra, si ha de quedar abandonada para siempre á la injusticia y á la servidumbre?

—El reinado de la paz y de la libertad se aproxima, dijo una voz suave.

Admirado Arvinos, levantó la cabeza; era Nafael.

—¡Vos aqui! exclamó... ¿Habeis conspirado tambien contra los opresores?

—No, contestó el Armenio: me han condenado á ser parto de las fieras solo porque adoro á un Dios tal cual le deseabais hace poco.

—¿Qué quereis decir?

—Soy cristiano.

(Se concluirá.)

POESIA.

A ISABEL.

Isabel del alma mia,
¿por qué esa melancolía
anubla tu tersa frente?
¿por qué un suspiro doliente
viene á turbar tu alegría?

¿Quién el harpon del dolor
clavó en tu pecho inhumano?
¿quién se burló de tu amor?
¿quien puso osado la mano
de tu inocencia en la flor?

Triste estás, bella Isabel;
tu labio descolorido
perdió el matiz del clavel;
que cuando quiso atrevido
probar amor, halló hiel.

Aquellas tintas graciosas
de tus megillas hermosas
cuál se trocaron en breve;
que van huyendo las rosas
y va quedando la nieve.

Virgen del cielo, no llores,
que si es grande tu afliccion,
para calmar tus dolores
yo daré á tu frente flores
y amor á tu corazon.

Esa mirada sombría,
ese triste suspirar,
esa perpetua agonía,
como pasó tu alegría
tienen, mi bien, que pasar.

Yo endulzaré tu amargura
con divertidos cantares,
imitando con ternura
ya la fuente que murmura,
ya el arrullo de los mares.

Y si, Isabel, en mi anhelo
hallo mi afan necio y loco,
para calmar tu desvelo,
si un mundo de amor es poco,
para tí tengo yo un cielo.

En torno á tu fantasía
pasarán cantando amores
con dulcísima armonía
fantasmas encantadores,
y tu reirás, vida mia.

¡Mas ah! faláz ilusion;
llorar, llorar es tu suerte;
no hay alivio á tu afliccion,
que heridas del corazon
solo las cura la muerte.

J. NUÑEZ DE PRADO.

MADRID—IMPRESA DE D. F. SUAREZ, PLAZUELA DE CELENQUE N. 3.

